

que si ni aún esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el Gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y quería, por consiguiente, que se librara una acción, á la que concurrirían ambos Cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenía, y al efecto me comunicaba que la introducción del convoy la verificaría por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el Cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debía hacer su marcha el convoy, así como los días en que se verificaría ésta, me los señalarían durante la noche unas grandes fogatas, y en el día fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prestindía salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decía también al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerían decididamente las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente di orden al Cuartel-Maestre para que se colocaran vigías, perenne y constantemente sobre las torres de Catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se había propuesto darme el general Comonfort para que protegiera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aún mandé preparar también con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.ª división al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí también una carta del ciudadano Presidente de la República, en la que me decía: que mucho, muchísimo habríamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al Gobierno, se hubiera movido el día 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venía una noticia reservada, procedente del Ministerio de la Guerra, respecto de las casas particulares en que se en-

contraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos días más.

Las obras de contravalación á la plaza, continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construya el enemigo, para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decía el 2 de Mayo, en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico:

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd., fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor Presidente y sus Ministros á San Martín.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastión Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia, frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el enemigo, esto es, para contrariar nosotros las obras de aquel.—Nada más ocurre de importancia.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—Ortega.”

Los días 3 y 4 de Mayo, los fuegos fueron nutridos durante algunas horas, y las obras de contravalación que el enemigo seguía poniendo á la plaza, continuaron con mucha más actividad que los días anteriores: dichas obras comenzaron también á extenderse al frente de los fuertes del Carmen é Ingenieros.

El último de estos días celebré con el general Forey, por medio de mi ayudante teniente coronel C. Juan Tognó, una convención, por



la cual quedó arreglado el cange de prisioneros de uno y otro ejército, cuya pieza oficial inserto en seguida:

*“Cange de prisioneros arreglado entre el Sr. general Forey, senador, comandante en jefe del Cuerpo expedicionario de México, y el Sr. general Ortega, en jefe del ejército mexicano de Oriente.*

Art. 1º Los oficiales prisioneros serán cangeados grado por grado, y hombre por hombre; llevarán consigo sus armas.

Art. 2º Los sargentos, cabos y soldados, serán cangeados hombre por hombre, sin distincion de grado.

Art. 3º Los prisioneros heridos serán comprendidos en este cange. Continuarán curándose en los hospitales en que se encuentren, y serán remitidos á sus ejércitos respectivos, tan luego como se hallen en estado de verificarlo, ó cuando lo soliciten. Los heridos que queden en los hospitales mientras dure su curacion, se someterán á los reglamentos de policia de estos establecimientos.

Art. 4º En consecuencia de la presente convencion, serán cangeados: 3 capitanes, 2 tenientes, 3 subtenientes y 160 individuos de tropa, comprendidos 57 heridos franceses y 92 mexicanos.

Art. 5º El cange de los prisioneros tendrá lugar mañana, 5 de Mayo, á las doce del dia, en la esquina de la calle del Gato y de la del Malnatural.

Hecho por duplicado, en el cuartel general francés el 4 de Mayo de 1863.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—*Ortega.*—El general en jefe del ejército expedicionario de México.—*Forey.*”

El dia 5 se verificó el cange, y no teniendo en su poder el ejército francés el número suficiente de prisioneros para cangear los que se hallaban en la plaza, dispuse que 26 zuavos sobrantes se le remitieran al general Forey, sin exigir por ellos cambio alguno.

Los soldados heridos quedaron en los hospitales de uno y otro ejército, según lo convenido.

La mañana del mismo dia 5 se me dió aviso de los cerros de Loreto y Guadalupe, que aunque no podían distinguirse, por la calina que cubría la atmósfera, las señas telegráficas de que he hecho men-

cion, se notaba fuego de fusilería hácia el pueblo de San Pablo del Monte.

Mandé en el acto que se alistara toda la plaza con sus correspondientes reservas, por lo que pudiera acontecer, y le previne al general Negrete que saliera en el acto por el pié del cerro de Loreto, con una fuerte columna de las tres armas, hasta colocarse en la llanura que se halla al frente del referido pueblo de San Pablo del Monte, y que en aquel punto esperara las órdenes del cuartel general, sosteniendo entre tanto el fuego que se le hiciera de la línea enemiga, como lo verificó.

Habiendo dejado en el Palacio al general Paz, con algunos de mis ayudantes, para que me trasmitiese con cuanta rapidez fuera posible, todas las noticias de lo que aconteciera en la plaza, me trasladé al cerro de Loreto en union del general Mendoza.

Cuando llegué al cerro mencionado, los fuegos que se notaron habían cesado enteramente: esto no obstante, dispuse que la columna que había salido fuera de las murallas y que se encontraba ya tendida en la llanura, permaneciera en aquel punto, durante toda la tarde de ese dia, sosteniendo algunos tiroteos con el enemigo, con el objeto de romper la línea francesa tan luego como yo observara algun movimiento del Cuerpo de ejército del Centro hácia el referido punto de San Pablo del Monte; porque como no estaba acordado ni determinado el dia en que debía hacerse la introduccion de víveres, no podía saber yo la causa cierta y positiva que motivara el fuego que se notó en la mañana; y habiendo cesado poco despues de haber dado principio, calculé que fuera producido por efecto de algun simple reconocimiento que se había hecho del terreno.

En la tarde de ese mismo dia cayeron algunos aguaceros y sopló un fuerte huracan por el punto en que se oyera el fuego, y esto impidió sin duda que el general Comonfort introdujera el convoy.

Poco ántes de dar principio la noche, regresé al interior de la plaza, despues de haber dado orden al general Negrete que hiciera lo mismo con la columna que estaba á sus órdenes.

El 6 recibí del general Forey la comunicacion que inserto en seguida:



"Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor general.—Cerro de San Juan, Mayo 6 de 1863.—Señor general en jefe.—Habeis tenido ayer la condescendencia de remitirme todos los soldados franceses que estaban en vuestro poder, incluso los no comprendidos en la convencion que trata del cange, por lo que suplico á V. E. tenga la bondad de admitir la expresion de mi gratitud por este acto tan espontáneo.

"Las tropas del señor general Comonfort, se aproximaron ayer á nuestras líneas, de lo que resultó un combate, en el que nuestros soldados han hecho veintiun prisioneros mexicanos; me apresuro á remitirlos en cuenta de los veintiseis soldados franceses que me habeis enviado de más.

"Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi muy alta consideracion.—El general en jefe del Cuerpo expedicionario.—Forey.—A S. E. el señor general Ortega, en jefe del ejército mexicano en Puebla."

Esta nota la dejé contestada al siguiente dia con la que tambien inserto á continuacion:

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 7 de 1863.—Señor general.—El que suscribe tiene el honor de acusar recibo á S. E. el señor general Forey, de su comunicacion de ayer, así como de los veintiun prisioneros hechos á las fuerzas del señor general Comonfort. Reciba S. E. las más expresivas gracias por la espontaneidad en la remision de aquellos.

"Ayer, cuando en la línea de ataque se tocó parlamento, dos soldados mexicanos salieron de los parapetos de San Agustin, y fueron muertos por las fuerzas de la línea francesa avanzada: á esa desgracia se siguió otra más, pues á la vista de los dos muertos se hizo fuego tambien de las manzanas de donde salieron dichos soldados, resultando de ello que un soldado francés que habia salido con una bandera blanca en la mano, fuese casualmente herido.

"En tal virtud, y para evitar que se repita tan desagradable y desgraciado incidente, propone el infrascrito, que se fije el camino de Tlaxcala ó cualquiera otro punto donde no se hallen tan avanza-

dos los parapetos de una y otra línea, para anunciar y recibir á los parlamentarios de ambos ejércitos.

"El que suscribe, disfruta el honor de reiterar á S. E. el señor general Forey, las seguridades de su alta consideracion.—El general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega.—A S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario."

El parlamento que se tocaba el dia 6 en el ejército francés y á que aludo en la preinserta comunicacion, tenía por objeto hacer cesar los fuegos para devolver las camillas que se habian proporcionado el dia anterior á algunos oficiales heridos de aquel ejército.

El mismo dia 6 se me dió parte que se notaban de nuevo algunos fuegos de cañon y fusilería al Norte de la plaza y en un punto inmediato al en que se notara el dia anterior, aunque no podian distinguirse las señas que quedaban mencionadas.

Repetí las órdenes que habia dado ántes, y cuando llegué al cerro de Loreto, mandé que las piezas de grueso calibre con que se hallaba artillado aquel fuerte, hicieran algunos disparos sobre las fuerzas avanzadas en la línea enemiga, para anunciarle de este modo, al Cuerpo de ejército del Centro, que la plaza estaba lista para proteger cualquiera de sus movimientos. A ese tiempo la columna mandada por el general Negrete, salta por el pié del mismo cerro entre los fuegos del enemigo.

Quedó aquella tendida sobre la llanura y fuera de las murallas sosteniendo, durante la tarde, un recio y nutrido fuego de cañon y alguno de fusilería, logrando rechazar una columna de infantería y caballería de los sitiadores que se desprendió del pié del cerro del Conde.

Lo expuesto lo comprueba el parte que el general O'Horan dió la tarde de ese mismo dia al general Comonfort, cuyo parte, que he visto publicado en los periódicos, inserto en seguida:

"Señor general en jefe.—Acabo de retirarme de la loma del Conde, despues de haber cumplido la orden que vd. se sirvió darme. En este momento los fuegos de la plaza son muy vivos: las granadas de su artillería las estoy viendo estallar sobre las lomas del Conde; se oyen ya algunos tiros de fusil, todo lo cual manifiesta que el valiente ejército de Oriente ha hecho una vigorosa salida que reclama



nuestro auxilio. Suspendo mi marcha, y espero órdenes de vd. El fuego es más vivo y más cercano; el enemigo descende sobre el flanco derecho de la loma del Conde, á donde continúan estallando con más frecuencia las granadas: la fusilería es más nutrida y más próxima.—Sobre el camino, á inmediaciones de San Miguel de Tenancingo, Mayo 6 de 1863, á las tres y media de la tarde.—*Tomás O'Horan.*"

El general Negrete tenía orden de marchar hácia la línea de los sitiadores y romperla en el acto que yo le diera el aviso correspondiente; lo que no llegó á tener lugar, en atención á que cuando salía de la plaza aquel general y yo me situaba en el fuerte de Loreto, los fuegos que motivaron aquel movimiento, habían cesado ya del todo sin que volvieran á repetirse en todo ese día.

Al aproximarse la noche mandé retirar la columna, y que se replegara de nuevo al interior de la plaza.

Las municiones de boca habían vuelto á agotarse enteramente, y nuestros soldados estaban recibiendo ménos de media ración. Esta escasez me la manifestaban diariamente nuestros generales en los partes verbales que rendían, no para angustiar la situación en que me encontraba, sino para demostrarme el estado en que se hallaban sus fuerzas, y para que estuviera al corriente del que guardaba en general todo nuestro Cuerpo de ejército.

En atención á lo expuesto, nombré otras comisiones para que auxiliaran á las que estaban puestas bajo la inspección del comisario ordenador de víveres, á fin de que cateadas todas las casas de la ciudad, se sacaran aquellos en cualquiera cantidad y donde quiera que se hallaran.

Estas nuevas comisiones las formé de mi ayudante de campo, teniente coronel C. Ignacio Calvillo, y de otros jefes eminentemente activos y celosos por la conservación de nuestro Cuerpo de ejército y honor de las armas mexicanas, cuyos jefes fueron escogidos y se me proporcionaron por los generales Berriozábal y Llave.

El resultado de esta medida, dictada por la necesidad, nos proporcionó, de un modo escásimo y miserable, la manutención de nuestras tropas por otros días más.

Cuarenta ó cincuenta mil habitantes de la ciudad, que habían quedado dentro de sus muros al comenzar el sitio, se encontraban en un estado verdaderamente violento y desesperado por la escasez de alimentos.

Millares de personas de todas condiciones, sexos y edades, entre las que se encontraban multitud de familias delicadas, respetables y decentes, se colocaban á recibir la muerte en las calles enfiladas por los fuegos enemigos, con sólo el objeto de conseguir que se les vendiera una pieza de pan, en dos ó tres panaderías situadas en aquellos puntos; millares también de mujeres y niños se me presentaban en todas partes, pero muy especialmente en la calle de Mesones, donde estaban situados mis criados y las personas encargadas de mi asistencia.

Aquí veía el cuadro más triste y desgarrador que he presenciado en mi vida. Unas mujeres llorando me presentaban á sus niños; otras me pedían pan; éstas que les diera un pasaporte para salir de la ciudad; aquellas, que les proporcionara un socorro; y muchas, que les diera una boleta para que se les vendiera á cualquier precio una pieza de pan, en tal ó cual establecimiento de los en que se trabajaba aquel alimento para nuestros soldados.

Esto, señor Ministro, no sólo lo han presenciado determinadas personas, sino todo el Cuerpo de ejército que defendía á Zaragoza, y más de cuarenta mil habitantes que pacíficamente se hallaban en aquella ciudad, sin que los sitiadores les hubieran permitido salir de ella, una vez comenzadas las operaciones de la guerra.

El día 7 los trabajos de contravalación del enemigo y las obras de contra-aproches de nosotros, continuaron con la misma actividad que los días anteriores.

Los fuegos eran lentos y flojos por una y otra parte.

Después de los sucesos del 25 de Abril, el enemigo quedó plenamente convencido de su impotencia para tomar la plaza á viva fuerza, y lo quedó también de que cualquiera otro asalto que diera, importaba la destrucción de su ejército; porque la moral de éste había disminuido notablemente, á proporción que había subido la del nuestro.

Este conocimiento, conocimiento que todos teníamos, no es una



paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército francés suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus más aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.

Por lo mismo ya no di crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo francés, y muy especialmente á las que tenían relacion al 5 de Mayo, dia en que se me aseguraba, que tendria que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querían borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo dia, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y serios ataques, ni mucho ménos asaltos vigorosos, como los que diera y había sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofia, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendía, dentro y fuera de los murallas de Zaragoza, la autonomia de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se había resuelto á sacrificarlo todo ántes que permitir que sufrieran en lo más mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto más honroso es esto para México, señor Ministro, cuanto que el ejército francés retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que había hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel C. Juan Tognó, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le di j lo siguiente:

“Manifieste vd. al general Ortéga: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas y escombros, por su tenacidad. Dígale vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnicion, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, segun la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulacion honrosa, capitulacion que yo concederé al general Ortega y á la guarnicion que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígale por último, que es necesario poner término á esta cuestion desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga Presidente de la República de México, y la cuestion ha concluido; que convenga en que se hagan nuevas elecciones de Magistrado Supremo de la Nacion, y la cuestion concluye tambien; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés: si no admite estas proposiciones, manifiéstele vd., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al ménos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale.”

Hubo algunas otras explicaciones entre ambos de ménos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante: “Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarme al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y más cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que había en la poblacion de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estacion de aguas, porque una vez